

INSTITUTO MISIONES CONSOLATA

BIENIO SOBRE LA PERSONA

29 de enero de 2021 - 29 de enero de 2023

Ficha 17 - Mayo de 2022

Dimensión Espiritual

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DEL MISIONERO

Todo lo puedo en Aquel que me conforta !
(Fil. 4,13)



**Bienio
sobre la persona**

FRASES INICIALES

"Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos: la palabra de vida... Lo que hemos visto y oído, también os lo anunciamos, para que compartáis nuestra vida..." (1 Jn 1,3).

"La Sagrada Escritura perfecciona a aquellos que la estudian y los prepara para cumplir cualquier obra buena ... Es nuestro libro. ... ¡Ah, la Escritura! ¡Más la leemos, más se estudia y más uno la ama y la disfruta! En el Instituto, la Sagrada Escritura siempre tuvo el primer lugar y siempre será así. Este es el primer estudio, el más importante que forma parte de todos los cursos teológicos, y que se debe seguir estudiando. En las misiones deberá ser vuestra lectura cotidiana y vuestro consuelo. En los momentos de desaliento, estudiad la Sagrada Escritura. Habría que estudiarla toda y meditarla. Esta es una escuela que no termina nunca. Amémosla mucho, especialmente los Evangelios y las Cartas de San Pablo. ¡Quiero que améis la Sagrada Escritura!" (Los quiero así, 174).

"Redescubrir el puesto central de la Palabra divina en la vida cristiana nos hace encontrar de nuevo así el sentido más profundo de lo que el Papa Juan Pablo II ha pedido con vigor: continuar la 'missio ad gentes' y emprender con todas las fuerzas la nueva evangelización, sobre todo en aquellas naciones donde el Evangelio ha sido olvidado o padece la indiferencia de cierta mayoría a causa de una difundida secularización. Que el Espíritu Santo despierte en los hombres hambre y sed de la Palabra de Dios y suscite entusiastas anunciadores y testigos del Evangelio".¹

¹ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica post-sinodal *Verbum Domini*, n. 122.

STATUS QUAESTIONIS

Los Caminos de la Palabra

"De Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la Palabra del Señor" (Is 2,3). La Palabra de Dios personificada "sale" de su casa, del templo, y se pone en marcha por los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que **los pueblos de la tierra han emprendido en busca de la verdad, la justicia y la paz. Hay, de hecho, incluso en la moderna ciudad secularizada**, en sus plazas y calles, - donde la incredulidad y la indiferencia parecen dominar, donde el mal parece prevalecer sobre el bien, creando la impresión de la victoria de Babilonia sobre Jerusalén, - **un anhelo oculto, una esperanza germinal, un estremecimiento de espera.** Como leemos en el libro del profeta Amós, "Mirad que llegan días ... en que enviaré hambre al país: no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra del Señor" (8,11).

La misión evangelizadora de la Iglesia quiere responder a este hambre. **Cristo resucitado también hace el llamado a los Apóstoles vacilantes para que vayan más allá de los confines de su horizonte protegido:** "Id y haced discípulos entre todos los pueblos ... y enseñadles a cumplir todo lo que os he mandado" (Mt 28,19-20).

Toda la Biblia está atravesada por llamados a "no callar", a "clamar en voz alta", a "proclamar la palabra en el momento oportuno e inoportuno", a ser centinelas que desgarran el silencio de la indiferencia. Los caminos que se abren ante nosotros no son sólo los que san Pablo o los primeros evangelizadores emprendieron, sino los que nos llevan a los barrios pobres donde acechan el sufrimiento y la pobreza, la humillación y la opresión, la marginación y las miserias, las enfermedades físicas y mentales y la soledad.

La Palabra no teme explorar los caminos de nuestra interioridad, habitar nuestros corazones para sanarnos y renovarnos con su presencia. Dejemos que entre en nosotros su Palabra, que es "viva, eficaz, [...] y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón" (Heb 4,12).

¡La Palabra de Dios no sólo sale, sino que también nos busca y debe ser buscada! "La Palabra que salva no va en busca de lugares preservados, esterilizados y seguros. Viene en nuestras complejidades, en nuestra oscuridad. Hoy, como entonces, Dios desea visitar aquellos lugares donde creemos que no llega. Cuántas veces preferimos cerrar la puerta, ocultando nuestras confusiones, nuestras opacidades y dobleces. Las sellamos dentro de nosotros, mientras vamos al Señor con algunas oraciones formales, teniendo cuidado de que su verdad no nos sacuda por dentro. Y esto es una hipocresía escondida" (Papa Francisco, *Homilía*, Domingo de la Palabra, 26 de enero de 2020).

Familiaridad con la palabra

“El misionero debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer el aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre profundamente en sus pensamientos y sentimientos y engendre en él una mentalidad nueva: la de Cristo” (1 Cor 2,16) (PDV, 26).

Sólo si hemos escuchado primero la Palabra que debemos proclamar, sólo si en primer lugar ha resonado de esta manera en nuestros corazones, se transmitirá, de una manera u otra, a la gente, porque “de lo que llena el corazón habla la boca” (Mt 12,34).

Si no nos detenemos a escuchar la Palabra con sincera apertura, si no dejamos que toque nuestras vidas, que nos interroge, que nos exhorte, que nos conmueva, si no dedicamos un tiempo a orar con la Palabra, entonces seremos "charlatanes vacíos".

Es la advertencia del Papa Francisco que: "Quien quiera proclamar el Evangelio, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta. De esta manera, la predicación consistirá en esa actividad tan intensa y fructífera que es comunicar a los demás lo que uno ha contemplado" (E.G., 150).

La evangelización es generada por la Palabra

La Sagrada Escritura es la fuente de la evangelización y **toda evangelización se funda en la Palabra**, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada.

Por lo tanto, es necesario formarse continuamente en la escucha de la Palabra. **La Iglesia no evangeliza si no se deja evangelizar continuamente.** Es indispensable que la Palabra de Dios se convierta, cada vez más, en el corazón de toda actividad misionera, porque la Palabra de Dios acogida y celebrada, especialmente en la Eucaristía, nutre y fortalece interiormente la vida espiritual y permite un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana.

Por esta razón, el compromiso con la evangelización requiere familiaridad con la Palabra de Dios, también a través de un estudio serio y perseverante de la Biblia y la promoción de iniciativas para la lectura orante personal y comunitaria (cfr. E.G., 174-175).

Como misioneros somos hombres de la Palabra, que es el fundamento mismo de nuestra vocación, el alimento y la luz para nuestros pasos, el punto de apoyo y el contenido de la misión. La nueva evangelización, compromiso de la Iglesia del tercer milenio, necesita evangelizadores inmersos en la Palabra de Dios y evangelizados por ella.²

² VILLANUEVA C., «*La Palabra de Dios en la vida y misión de la persona consagrada*», en Asamblea de los Superiores Generales. 70° *Conventus Semestralis*, Lithos, pág. 3.

Nuestros Capítulos Generales han afirmado claramente que cualquier tipo de renovación y/o revitalización del misionero pasa por:

- centrar nuestra vida en Cristo a través de la reflexión sobre la Palabra de Dios (XII CG, 23);
- poner a Jesucristo y a su Palabra, acogida y vivida, en primer lugar, haciendo del Evangelio el libro de la vida (cfr. *Los quiero así*, n. 174) para ser, así, sus auténticos testigos (XIII CG. 8.b).

ILUMINACIÓN

Las prerrogativas de la Palabra

La Palabra nos empuja fuera de nosotros mismos, de nuestros corrales y parroquias, para **entrar en la vida**, en las situaciones cotidianas, en la escucha de los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas, del grito de los pobres, de la violencia y la injusticia que hieren a la sociedad y al planeta, para que no seamos indiferentes, sino activos, creativos y proféticos.

La Palabra de Dios nos cambia penetrando **el alma como una espada** (cfr. Heb 4,12). Porque, si por un lado consuela, revelándonos el rostro de Dios, por el otro provoca y sacude, devolviéndonos a nuestras contradicciones, derribando falsos ídolos, desenmascarando nuestras proyecciones.

La Palabra de Dios nos pone en crisis, no nos deja tranquilos y nos invita a salir, a la intemperie, a no escondernos detrás de la complejidad de los problemas, detrás del "no hay nada más que hacer", "es su problema", "es tu problema", o del "¿qué puedo hacer yo con él?", "dejémoslos ahí" a morir en el mar o bajo los bombardeos.

La Palabra de Dios es la cercanía de Dios “porque - dice el Deuteronomio - Él no está lejos de nosotros, sino que *está cerca* de nuestro corazón (cfr. 30,14). Es antídoto contra el miedo de quedarnos solos ante la vida. De hecho, el Señor a través de **su Palabra, consuela; es decir, está con quien está solo**. Hablándonos, nos recuerda que estamos en su corazón, que somos hermosos para sus ojos y que estamos custodiados en las palmas de sus manos” (cfr. Papa Francisco, *Homilía*, Domingo de la Palabra, 24 de enero de 2021).

Aquellos que frecuentan la Palabra de Dios reciben saludables cambios existenciales: “**la Palabra de Dios infunde la paz, pero no te deja en paz**. Es una Palabra de consolación, pero también de conversión, (...) porque quien experimenta la cercanía de Dios no puede distanciarse del prójimo, no puede alejarlo con indiferencia, (...) descubre que la vida no es el tiempo para esconderse de los otros... en el nombre del Dios cercano” (*Idem*).

ORIENTACIONES

"Encomendados a la Palabra" (Hechos 20,32)

Hay una expresión en el discurso de Pablo a los obispos-sacerdotes de Éfeso que debe representar una orientación básica de vida para el misionero. Pablo en Mileto, saludando a sus colaboradores en el ministerio, les dice: "**Os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia**" (Hch 20,32). En su testamento apostólico, **Pablo no confía la Palabra a los ministros, ¡sino que confía los ministros a la Palabra!** Los destinatarios del testamento del Apóstol tienen la misión de predicar, difundir y mantener viva la Palabra en el pueblo, **pero - ¡sorprendentemente!- aquí Pablo confía los ministros a la Palabra.** Antes de que se les confie la Palabra, ellos mismos son confiados a la Palabra; antes de ser portadores de la Palabra, **¡ellos mismos son llevados por la Palabra de Dios! Llevamos la Palabra a los demás sólo si somos llevados por la Palabra.**

Hay un hermoso texto en *Pastores dabo vobis* que se refiere **precisamente a la relación entre el ministerio y la Palabra de Dios:**

"El sacerdote debe ser el primer 'creyente' de la Palabra, con la plena conciencia **de que las palabras de su ministerio no son 'suyas'**, sino de Aquel que lo ha enviado. **Él no es el dueño de esta Palabra: es su servidor.** Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios. Precisamente porque evangeliza y para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado" (PDV, 26).

Escuchar la Palabra

Somos encomendados, entonces, a la Palabra a través de la escucha asidua de la Palabra y a través de la puesta en práctica de la Palabra misma.

En la Escritura la **primacía de la escucha**, sobre los demás sentidos, está vinculada, para la Biblia, al hecho de que ella le da sentido a la conversión: **"Escucha, y tu vida nacerá de nuevo"** (Is 55,3). De hecho, donde hay escucha sin la obediencia que realiza la Palabra, el resultado es la dureza del corazón (cfr. Mc 10,5; 16,14), la enfermedad por la cual el corazón se endurece, se vuelve "calloso" e insensible, se repliega en sí mismo.

Esta dialéctica entre la escucha y la realización de la Palabra, que se pretende comunicar a los demás, se resume admirablemente en un pasaje del Decreto conciliar *Presbyterorum ordinis*:

"Como ministros de la Palabra de Dios, [los presbíteros] leen y escuchan todos los días esta misma Palabra que deben enseñar a los demás. **Y si se esfuerzan también por realizarla en sí mismos, entonces se convierten en discípulos del Señor cada vez más perfectos**, de acuerdo con lo que el apóstol Pablo le dice a Timoteo: "Sé diligente en estas cosas, ocúpate de

ellas por completo, para que todos puedan ver tus progresos. Vigila tu persona y tu enseñanza y sé constante. Haciéndolo os salvaréis tú y tus oyentes (1 Tim 4,15-16)" (PO 13).

¡Sin la Palabra de Dios no somos nada en la Iglesia; sin la Palabra de Dios todo nuestro compromiso no serviría de nada! Jesús nos lo dijo: "**Sin mí no podéis hacer nada**" (Jn 15,5); **pero Él es sobre todo el Verbo, la Palabra del Padre** para la humanidad. De nuestra relación con la Palabra de Dios depende, por lo tanto, nuestra identidad como personas consagradas, la eficacia de nuestro servicio misionero; ella es el tesoro que "llevamos en vasijas de barro" (2 Cor 4,7).

Lectio Divina

"Un elemento esencial de la formación espiritual (de los presbíteros) es la lectura meditada y orante de la Palabra de Dios (*lectio divina*); es la escucha humilde y amorosa de Aquel que habla" (PDV 47).

La Lectio divina es escuchar a Dios que habla con nosotros. Este acto de escucha requiere, por lo tanto, una verdadera y adecuada atención del corazón, una disponibilidad no sólo intelectual, sino integral, de todo el hombre.

Es una forma concreta de escuchar lo que el Señor quiere decirnos en su Palabra y de dejarnos transformar por su Espíritu. "Consiste en la lectura de la Palabra de Dios en un momento de oración para permitirle que nos ilumine y nos renueve. Esta lectura orante de la Biblia no está separada del estudio que el predicador realiza para descubrir el mensaje central del texto; al contrario, debe partir de allí, para tratar de descubrir qué le dice *ese mismo mensaje* a su propia vida" (cfr E.G. 152).

No nos cansemos de dedicarle tiempo y oración a la Sagrada Escritura, para que sea aceptada "no como palabra de hombres, sino, como realmente es, como palabra de Dios" (1 Ts 2,13).

CONCLUSIÓN

"Comer el rollo de libro"

Para concluir, me vienen a la mente las palabras del profeta **Ezequiel** cuando, invitado por el Señor a comer el rollo del libro, confiesa: "Me supo en la boca dulce como la miel" (3,3). El evangelista **Juan, en la isla de Patmos**, revive también la misma experiencia de Ezequiel de comer el libro; pero añade algo más específico: "En la boca sabía dulce como miel; pero cuando lo tragué, sentí amargo el estómago" (Ap 10,10). Es necesario, por lo tanto, no acostumbrarse nunca a la Palabra de Dios, sino nutrirse de ella para descubrir y vivir en profundidad nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos y hermanas.

La Palabra lleva a la Caridad

Constantemente la Palabra de Dios recuerda el amor misericordioso del Padre que pide a sus hijos que vivan en la caridad. En **la parábola del pobre Lázaro** encontramos una indicación preciosa. Cuando Lázaro y el hombre rico mueren, este último, al ver al pobre al lado de Abraham, le pide que sea enviado a sus hermanos para amonestarlos a vivir el amor de su prójimo, para evitar que ellos también sufran los mismos tormentos. La respuesta de Abraham es punzante: "Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen" (Lc 16,29). **Escuchar las Sagradas Escrituras para practicar la misericordia**: éste es un gran desafío que tenemos en nuestras vidas. La Palabra de Dios es capaz de abrirnos los ojos para permitirnos salir del individualismo que conduce a la asfixia y la esterilidad, al tiempo que nos abre de par en par el camino hacia el compartir y la solidaridad (cfr. Papa Francisco, *Aperuit illis*, no. 12-13).

En compañía de María

En el camino **de la aceptación de la Palabra de Dios**, nos acompaña la Madre del Señor, reconocida como beata porque creió en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho (cfr. Lc 1,45). **La bienaventuranza de María precede** todas las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús para los pobres, los afligidos, los mansos, los constructores de paz y los perseguidos, **porque es la condición necesaria para cualquier otra bienaventuranza**. Ningún pobre es bendecido porque es pobre; se vuelve bendecido si, como María, cree en el cumplimiento de la Palabra de Dios.

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

"Ahora la fe depende de la predicación, la predicación se realiza por medio de la palabra de Cristo" (Rom 10,17). "Porque toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, amonestar, corregir y educar en la justicia" (2 Tim 3,16).

Algunas preguntas:

1. ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en tu vida personal y comunitaria?
2. ¿Tu apostolado misionero se basa en la Palabra de Dios?
3. ¿Encuentras en la Palabra de Dios el camino para vivir la experiencia progresiva de la amistad con Cristo?
4. ¿Encuentras tiempo para la práctica de la "*Lectio Divina*"?

ORACIÓN

Espíritu Santo,
Tú eres la fuerza de mi vida;
Tú eres fiel a lo que prometiste;
Tú concediste a María de Nazaret acoger
y llevar dentro de sí el Verbo hecho carne.

Te ruego:
enséñame a vivir firmemente en la fe
y concédeme guardar siempre en mi corazón y en mi vida
la Palabra que me das.

Concédeme adherirme a ella con todas mis fuerzas,
con todo mi corazón, mi alma y mi mente,
para que, confiando sólo en su poder,
pueda experimentar en la vida diaria
el fruto que sólo tu Palabra genera
y pueda seguir los pasos del Hijo de Dios.

Amén.